

CONSISTENCIA Y ESTABILIDAD EN
LA CONDUCTA DE LAS PERSONAS.
UNA REVISIÓN.

ALFREDO FIERRO

Departamento de Psicología de la Personalidad
Universidad de Salamanca

Alfredo Fierro
María Auxiliadora, 16, 6.º, 2.ª
Salamanca.

La historia empieza en 1968. El mismo año de los festejos revolucionarios, pronto frustrados, en los campus universitarios de California y de otros estados de América y de Europa, un profesor de psicología de una universidad californiana, W. Mischel, contribuía a animar el cotarro con una pequeña bomba, en formato de libro, bajo el título de *Personalidad y evaluación*, cuya onda expansiva ha atravesado con sus reverberaciones un decenio bien cumplido de polémica sobre los rasgos de personalidad, sobre su exploración, medición e influencia en la determinación de la conducta.

La provocativa originalidad de esta obra estuvo menos en sus elementos aislados de tesis concretas que en la mezcla explosiva de ellos resultante. En realidad, los componentes del libro-bomba de Mischel se hallaban ya todos listos, aunque separadamente, en la investigación conductual anterior, y, como la bomba de neutrones de Reagan, aguardaban tan sólo el momento de ser ensamblados en un conjunto. Estaban en la tradición conductista más ortodoxa (Skinner, 1953, con su estribillo de que «los rasgos no son causas»), en su derivación heterodoxa de la teoría del aprendizaje social (amagada en Bandura y Walters, 1963, y finalmente con madurez en Bandura, 1969), y asimismo en el desaliento que por los años 60 comenzó a cundir en la empresa de la evaluación de la personalidad, juzgada ahora incluso por estudiosos embarcados en ella (Vernon, 1964; Peterson, 1968) como aventura científicamente improductiva y sin salida. Lo que hizo Mischel fue nada más y nada menos que reunir las piezas dispersas y arrojar el proyectil resultante sobre las cabezas de los psicodiagnostadores, profesionales y profesores de la evaluación de la personalidad, y también sobre los investigadores todos en rasgos o disposiciones personales.

Las posiciones de Mischel (1968) son de sobras conocidas y se resumen en pocas palabras. Sus inmisericordes críticas no dejan títere con cabeza en el gabinete del psicodiagnostador ni en la panoplia del psicómetro: no dejan ni fiabilidad, ni validez, ni utilidad incremental en las pruebas de personalidad. Con el respaldo de un acopio abrumador de evidencias empíricas, muy selectivamente reunidas e interpretadas, el libro sostiene que la situación externa, actual, y no disposiciones internas del agente, es la realmente determinante de su conducta; y, en consecuencia, descalifica a toda la psicología de rasgos o factores de personalidad como una simple variedad, seudocientífica, del etiquetaje de personas en la percepción social. Prolongando y radicalizando tesis de algunos psicólogos sociales (Jones y Davis, 1965; Scheff, 1966; Kelley, 1967) acerca de los procesos de atribución y de etiquetación de unas personas por otras, Mischel sostiene que los presuntos rasgos de personalidad —no los de inteligencia o los cognitivos— no

son otra cosa que rótulos cómodos de los evaluadores, rótulos, encima, que, lejos de facilitar, más bien impiden la objetiva evaluación de las conductas, el análisis de sus dependencias funcionales y el conocimiento verdaderamente científico, explicatorio, de sus determinantes o antecedentes causales. Son tesis y posiciones convencionalmente luego denominadas «situacionistas».

La interpretación usual del significado de la irrupción del situacionismo en la historia de la psicología contemporánea es que en él se confronta a la descubierta, sin paliativos, a una psicología —sobre todo correlacional y de análisis multivariado— de disposiciones o rasgos, otra psicología —de orientación experimental— de situaciones y del control del estímulo. Desde los orígenes de la psicología como ciencia, entre las respectivas familias de investigadores se había observado, un implícito pacto de no agresión, cuyas expresas cláusulas acertó a formular Cronbach (1957) refiriéndose a aquéllas como a «las dos disciplinas de la psicología científica», y contribuyendo así a mantener la fiesta en paz. El pacto ahora queda roto. Los autores de inclinación experimental, herederos directos del conductismo, proclaman la escasa utilidad de los constructos de personalidad para explicar y predecir conductas (Zigler y Phillips, 1961; Bandura y Walters, 1963; Kanfer y Saslow, 1965; Peterson, 1968; Mischel, 1968; Bandura, 1969; Argyle y Little, 1972). Y, a su vez, el experimentalismo «implacable» comienza a verse zurrado, y no sólo desde la teoría de rasgos, en una severa crítica que pone el dedo en las limitaciones y los sesgos inherentes al procedimiento experimental en psicología (Wachtel, 1973; Bowers, 1973).

La historia de esta confrontación ha sido varias veces narrada (Bowers, 1973; Endler y Magnusson, 1976a; Pervin, 1978; Avia, 1978). Ordinariamente se relata que el final de la polémica es su resolución en una psicología de la interacción entre situación y persona. Es una verdad a medias, que omite recientes alegatos firmes en favor de la medición y teoría de rasgos así como de la estabilidad de éstos cuando son adecuadamente evaluados. La orientación interaccionista, por otro lado, ha sido duramente descalificada por Nisbett (1977) con el argumento histórico de que ninguno de los grandes descubrimientos en la psicología científica se ha debido a demostraciones de efectos de interacción, sino todos a demostraciones de efectos simples o principales en estudios de una sola variable. Lo que, en cualquier caso, aparece bien cierto, según Epstein (1979, pág. 1097) destaca, es que en el contemporáneo interaccionismo no se resuelve o disuelve la cuestión de los rasgos de personalidad y de su estabilidad, por lo que esta última cuestión necesita de abordaje empírico y de tratamiento teórico hasta cierto punto independiente del tema de la interacción persona/situación. Psicología de rasgos, situacionismo e interaccionismo no representan distintas soluciones para un mismo problema, sino sendas soluciones a tres diferentes problemas, respectivamente, el de la estabilidad de las disposiciones individuales a través de las situaciones (y/o del tiempo), el de los efectos generales de las situaciones a través de los individuos, y el de las interdependencias entre el agente y el entorno estimular a que se enfrenta.

Sin perjuicio, pues, de los hallazgos de una psicología de la interacción y de

las eventuales acotaciones críticas que desde ella puedan hacerse a una simplista teoría de rasgos, la psicología de rasgos mantiene una razón de ser, y de hecho se ha mantenido, ha sobrevivido tanto a la crítica situacionista cuanto a su presunta superación y asimilación por arriba en teorías interaccionistas. Cómo ha pervivido y cómo ha hecho frente a posiciones adversas, a lo largo de los diez o doce últimos años, es el objeto de la siguiente revisión.

1. *El dilema inicial: consistencia contra especificidad*

La mejor introducción al tema la constituyen unos párrafos de Mischel, que pueden ser leídos como expresión tanto de la idea que desde el situacionismo cabe formarse sobre las teorías de rasgos cuanto del reto situacionista a estas mismas teorías: «El constructo mismo de personalidad descansa en la creencia de que existen consistencias conductuales individuales amplias, que justifican mucho de la varianza de la conducta. La mayor parte de las definiciones de la personalidad dependen de la suposición de que la conducta de un individuo permanece coherente a través de muchas condiciones de estímulo» (Mischel, 1968, ed. cast., pág. 23). En otros lugares de su obra, se ha ocupado el autor de precisar algunos de estos términos. Así, respecto a la parte de varianza conductual justificada por los constructos de personalidad, hace constar que las pruebas ordenadas a medirlos rara vez superan el techo de .30 en los valores de correlación de unas con otras, lo que equivale nada más a un 10 por ciento de varianza explicada por tales constructos.

A menudo, sin embargo, declaraciones como la recién citada de Mischel son sostenidas o impugnadas sin suficiente clarificación de los conceptos implicados. Como precisamente el texto transcrito ha polarizado buena parte de las posteriores controversias, interesa notar que, tal como suena, sin otra puntualización, lleva la polémica a un terreno mal definido y movedizo, y que, por ello mismo, resulta más bien estéril aprobarlo o impugnarlo mientras no se precise qué hay debajo de cada uno de sus términos: «consistencias», «coherente», «mucho de la varianza», «muchas condiciones de estímulo». A menos que se especifique y, a ser posible, se cuantifique el contenido de estos términos, la cita entera naufraga en la más completa vaguedad. Digo lo mismo de un dilema, que no parece tener ni salida ni sentido razonable: o estabilidad, generalidad y consistencia conductual a través de las situaciones, disposicional e intrapsíquicamente determinada; o bien especificidad situacional de la conducta, apenas o nada coherente entonces, y determinada por las siempre cambiantes circunstancias estimulares de la situación. Como algunos autores han recogido el reto en esos términos, aún tratando después de superarlos (Alker, 1972; Bem y Allen, 1974; Bem, 1972; Black, 1968; Bowers, 1977; Avia, 1978), conviene advertir que el planteamiento mismo del dilema debería ser repudiado como equívoco y viciado de raíz. Su vicio yace en que la consistencia/inconsistencia conductual, como bien lo muestran Nelsen (1977), y Magnusson y Endler (1977), depende del nivel de observación, descripción y análisis que estratégicamente se adopte. No es extraño que los experimentalistas encuentren in-

consistencias si identifican unidades puntuales de conducta, mientras las consistencias son halladas en unidades de secuencias conductuales amplias.

Para comenzar a entendernos, o al menos sentar las bases mismas de un debate fructuoso, hace falta previamente clarificar los términos de la discusión: «consistencia», «coherencia» y «estabilidad» conductual. Todos ellos aluden a fenómenos de una relativa constancia o regularidad —no rigidez o inalterabilidad— en la conducta de las personas, pero se ganaría en claridad con su apropiada distinción. Cabe, en concreto, reservar el concepto de «estabilidad» para la constancia a lo largo del tiempo sin consideración de las situaciones, el de «consistencia» para la constancia a través de distintas situaciones sin consideración del tiempo, y el de «coherencia» para la constancia de las relaciones internas entre diferentes conductas de un mismo individuo, es decir, para la persistencia intraindividual de un determinado patrón o configuración conductual.

En la realidad, como el tiempo no se detiene, y como jamás se repiten exactamente las mismas situaciones, todo fenómeno de constancia conductual envuelve algo de los tres elementos recién diferenciados. Pero no necesariamente envuelve la misma medida en ellos tres. Por otro lado, en buena lógica situacionista, el único blanco de sus ataques debiera ser la consistencia transituacional, no la estabilidad en el tiempo. Mischel (1968) ha sido explícito en reconocer que dicha estabilidad puede darse, y de hecho se da, si bien queda explicada no por internas disposiciones permanentes de la persona, sino por la similitud de las situaciones a que se ve expuesta. El situacionismo, pues, está mejor dispuesto a aceptar estabilidad que consistencia.

Una porción no desdeñable de los escritos de réplica a la obra de Mischel está consagrada al asunto de la consistencia, sin precisar demasiado de qué consistencia se trata, pero alegando diferentes datos, o, más bien, argumentos a partir de ellos en apoyo de algún género de consistencia propia de las personas. Desde premisas psicodinámicas, Wachtel (1973) arguye que inconsistencias en el orden de las conductas manifiestas pueden resultar de estructuras subyacentes de personalidad que se muestran justo en el modo coherente de afrontar diversos desafíos del entorno mediante comportamientos apropiados a ellos y, por eso, fenotípicamente diversos. Parecidamente, Alker (1972), tras advertir que la consistencia de la personalidad es sólo relativa y no tiene, además, por qué reflejarse en comportamientos topográficamente semejantes, la localiza en el conjunto de las estrategias con las que las personas abordan las situaciones. Como resultado de estudios que evaluaron no sólo la conducta habitual de los sujetos, sino también su ocasional variabilidad y alejamiento de tal conducta típica, Bem y Allen (1974), concluyen que entre los individuos existen diferencias no sólo en los rasgos comportamentales manifiestos y en su estructura, sino también en la consistencia o inconsistencia de los mismos. Desde esta conclusión sólo queda un paso para considerar, como hace Campus (1974), a la propia consistencia conductual como una dimensión disposicional de personalidad sobre la que difieren los individuos. Desde luego, las áreas tanto de la consistencia, cuanto de la estabilidad y de la coherencia intrapersonal divergen mucho de un sujeto a otro, e incluso de una etapa a otra en la vida de un sujeto.

2. El análisis correlacional de las constancias conductuales

Para la medición de las constancias conductuales —de coherencia, de estabilidad o de consistencia—, han sido propuestos diferentes modelos de análisis. Sobre la «consistencia transituacional», comenta Lay (1977) que puede contemplarse, bien como ausencia de diferencias *intrasujeto* a través de situaciones, bien en términos de relaciones —y correlaciones— de conductas de *diferentes sujetos* en distintas situaciones, al margen de sus desemejanzas absolutas. El primer punto de vista requiere un modelo de análisis de componentes de varianza, mientras el segundo necesita de análisis correlacional (cf. igualmente Endler y Magnusson, 1976b, y Magnusson y Endler, 1977).

Señalemos ya aquí que el análisis de los componentes de la varianza ha sido el enfoque favorito de psicólogos situacionistas e interaccionistas, acordes en atribuir muy escasa proporción de varianza a los determinantes disposicionales o de rasgo, y que, en cambio, los psicólogos de rasgos, hoy como ayer, trabajan, sobre todo, con análisis correlacionales (y factoriales). Entienden estos últimos (cf. Olweus, 1977a; Epstein, 1979) que se abusa del análisis de varianza cuando de él se pretenden extraer estimaciones de la estabilidad conductual; y destacan la posibilidad de coeficientes de correlación cercanos a +1 en medidas de estabilidad a lo largo del tiempo, aún permaneciendo pequeñas las aportaciones de las diferencias interindividuales a la varianza total. El hallazgo de correlaciones, por otro lado, sirve a algunos investigadores como previo paso para la factorización. A este propósito, cabe notar que los trabajos de Royce y otros (cf. una reciente panorámica en Royce y Powell, 1981), pese a las restricciones que los críticos (cf. Pawlik, 1973) han señalado en el análisis factorial, persisten en el procedimiento de inferir rasgos personales subyacentes mediante modelos analíticos factoriales, interpretando los factores como rasgos y los pesos factoriales como determinación o influencia de éstos en las conductas manifiestas.

El propio análisis correlacional de la constancia conductual puede llevarse a cabo obteniendo correlaciones o bien entre sujetos o bien intra-sujetos, con la consiguiente diversidad de resultados para cada caso. Los datos de mayor interés al respecto seguramente proceden de los estudios de Epstein (1977, 1979, 1980), que merecen ser citados, además, y ante todo, por la innovación metodológica que preconizan. En consonancia con el viejo principio de la teoría de tests, de que la fiabilidad e indirectamente la validez de un solo ítem siempre son muy limitadas, y de que ambas, de acuerdo con la fórmula de Spearman-Brown, se incrementan junto con el número de ítems, Epstein atribuye las bajas correlaciones a menudo encontradas entre medidas de conducta de unos mismos individuos en diversas situaciones al insuficiente número de las observaciones (cf. una interpretación afín y complementaria en Block, 1968). Observar o experimentar una sola vez, a menos que se trate de leyes conductuales sumamente poderosas y omnipresentes, es aproximadamente igual a presentar un test con un solo ítem, y, por consiguiente, tiene siempre escasa precisión, que repercute por fuerza en las pobres correlaciones luego resultantes. Fiabilidad y validez, pueden, en cambio, ser

incrementadas multiplicando las ocasiones de observación, efectuando la agregación de unas observaciones sobre otras.

A las propuestas habituales para la reducción de la varianza de error —como son el perfeccionamiento de los instrumentos de medida y del control experimental sobre las variables implicadas— Epstein (1980) añade la de proceder —a semejanza de lo que se hace al aumentar el número de ítems en los tests— a una agregación de observaciones hasta alcanzar en ellas un número satisfactorio en cuanto a precisión (cf. una anterior propuesta metodológica semejante en Patrick, Zuckerman y Masterson, 1974). Un ejemplo típico de investigación, por él referida y realizada con este método, consistió en evaluar a lo largo de un mes a 28 sujetos en diferentes reacciones emotivas, de impulso y conductuales. Los registros los hicieron día a día los propios sujetos, calculándose correlaciones, entre sujetos e intra-sujeto, primero entre medidas en días aislados, pares e impares, pero finalmente entre la totalidad de los días pares y la de los impares. Las gráficas que compendian los resultados ilustran perfectamente cómo, conforme se agregan datos de sucesivos días, se elevan las correlaciones tanto intra-sujeto cuanto entre-sujetos. La correlación media así hallada en más de veinte variables de reacción afectiva y conductual fue de .74 en las comparaciones entre-sujetos (valor que cabe considerar estimativo de lo que antes definí como estabilidad, y acaso, pero eso no queda tan claro, como consistencia), y de .57 en las comparaciones intra-sujetos (valor estimativo de la coherencia interna). Otros investigadores, por el contrario, informan de una mejor evidencia a favor de las constancias y altas correlaciones intra-sujetos (Meltzer, Hayes y Shellenberger, 1967; Alker, 1972).

En ese y en otros estudios con el procedimiento de progresiva acumulación de observaciones, considera Epstein validada la hipótesis de que «la estabilidad puede ser demostrada sobre un amplio rango de variables siempre y cuando la conducta en cuestión sea promediada a partir de un número suficiente de ocasiones». Este autor, por lo demás, concuerda con anteriores apreciaciones de Bem y Allen (1974) de que el grado de constancia interna difiere mucho de unos individuos a otros, y que son los sujetos más inconstantes, por pocos que sean, los que hacen descender drásticamente el promedio de las correlaciones intra-sujeto.

El método de agregación obedece a una concepción probabilística del diseño de investigación, que subraya la importancia de la validez ecológica de los experimentos y de las observaciones. Su propuesta por parte de Epstein (1980) incluye que a la agregación de unos sujetos sobre otros —que es la comúnmente practicada en análisis correlacionales y de varianza— ha de añadirse la agregación sobre estímulos o situaciones, sobre ocasiones de prueba, y sobre métodos de medida. El procedimiento de agregación, por otro lado, y en buena lógica, se corresponde con una noción actuarial de las leyes y de las predicciones basadas en los rasgos así inferidos. Lo dice claramente Cronbach (1975): «las proposiciones sobre rasgos son enunciados actuariales, válidos sobre las situaciones al ser agregadas»; con la obvia consecuencia de que las medidas de rasgos tienen escaso poder predictivo para pronosticar qué hará *tal* sujeto determinado en una ocasión concreta. Los

rasgos resultan ser funciones de probabilidad, no de necesidad, de determinados patrones conductuales en determinadas situaciones (Sells, 1973).

3. *Estudios evolutivos y longitudinales*

Los estudios e hipótesis reseñados en el apartado anterior contemplan directamente constancias a lo largo de intervalos no muy extensos de tiempo y a través de algunas diferentes situaciones. Sin desconocer los solapamientos entre distintas formas de constancia conductual, hay que diferenciar entre la consistencia transituacional en un momento dado o dentro de un lapso temporal corto, y la estabilidad longitudinal o evolutiva, a largo plazo, aunque no necesariamente transituacional (Olweus, 1977b).

En el marco de la tradicional psicología de rasgos, a la vez que de una psicología evolutiva, hubo destacadas investigaciones que en general confirmaron la hipótesis de una notable estabilidad de los mismos en el tiempo. Es obligado citar la de Kagan y Moss (1962), abarcando «desde el nacimiento hasta la madurez», y en la que, con importantes cualificaciones que no hace falta detallar ahora, la posición de las personas en diferentes dimensiones se mostró estable después de mucho tiempo, pudiendo hacerse buenas predicciones del comportamiento adulto a partir de los primeros años escolares. Parecidos son los resultados del estudio longitudinal de Nueva York (Thomas y otros, 1963) sobre los dos primeros años de vida de 80 niños. Incluso en investigaciones orientadas a comprobar cambios significativos en la edad adulta, junto a la realidad de estos cambios, ha relucido asimismo la estabilidad conductual. En su evaluación de 300 parejas después de 16 o más años, E. L. Kelly (1955), encontró, desde luego, cambio conductual, en el sentido de una creciente semejanza de cada cual con su pareja, pero también halló consistencia intraindividual (coeficientes de correlación entre .30 y .60) en numerosas variables de actitudes y de personalidad (sociabilidad, confianza en sí mismo, etcétera).

La evaluación longitudinal de constancias conductuales —y, por inferencia, de la estabilidad de los rasgos— no se ha visto desalentada por las impugnaciones situacionistas. Después de producirse éstas, Block (1971) ha presentado su estudio de «vidas a través del tiempo», con mediciones distanciadas primero en tres años, desde la escuela «junior» hasta la «senior», y luego, en un promedio de veinte años, mediante la comparación entre varias dimensiones conductuales en la adolescencia y en plena edad adulta. Los coeficientes de correlación entre las medidas así halladas, para el intervalo de veinte años, oscilan en su mayoría entre .25 y .50, si bien existen notables diferencias según sea la fuente de los datos conductuales. La continuidad conductual aparece más bien impresionante en los datos derivados de autoinformes y de evaluaciones de observadores, mientras que los derivados de tests objetivos y de pruebas de laboratorio presentan perfiles en extremo desordenados, que Block considera de muy difícil interpretación. Su hipótesis —por el momento sólo conjetural, no contrastada— es que también estos últimos pueden llegar a ofrecer perfiles consistentes y que eso va a depender de perfeccionamientos metodológicos.

Un estudio de Backteman y Magnusson (1981) ha evaluado siete variables distintas de personalidad, tales como distracciones, motivación escolar, agresividad, intranquilidad motriz, y timidez, en una muestra de alrededor de 1.000 escolares, primero a los 10 y luego a los 13 años. Sobre la base de clasificaciones de los profesores, las correlaciones entre una y otra evaluación, después de tres años, dieron un promedio de .51 para los chicos y .48 para las chicas. Otras investigaciones se han limitado al seguimiento longitudinal de una sola dimensión. Algunas, como la de Olweus (1977b), en edades entre 13 y 16 años, respecto a conductas agresivas (v. gr., comenzar peleas, protestas verbales, etcétera) y a la consiguiente aceptación o impopularidad ante los compañeros, dan resultados favorables a la estabilidad en el tiempo. Para los cuatro parámetros utilizados Olweus encontró muchas correlaciones superiores a .75 al cabo de tres años, y superiores a .90 después de un solo año. Pero tampoco faltan resultados —valgan como muestra los de Allen y Potkay (1977) sobre la inestabilidad de las autodescripciones a consecuencia de eventos significativos— con el opuesto hallazgo de una débil constancia conductual y de una fuerte, casi exclusiva, determinación de la conducta por claves situacionales.

Un tópico bien ilustrativo de las posiciones en litigio es el altruismo, o conducta prosocial y de ayuda a los demás, incluso a costa de algún sacrificio o riesgo del agente. De esta conducta se ha propuesto, por de pronto, una interpretación situacionista (Latane y Darley, 1970), que se resume diciendo que cualquiera de nosotros puede auxiliar o no hacerlo en una concreta situación, y que en ello van a influir mucho más las características objetivas de la situación que no su personalidad o su pasada historia. Obviamente, en este análisis está de más buscar consistencia transituacional o estabilidad longitudinal en un supuesto rasgo de altruismo. Con todo, en la última década hay muy sugestivos estudios longitudinales que muestran al altruismo como permanente y consistente forma de conducta a lo largo de una entera vida en determinados hombres: los «rescatadores», de London (1970), que con propio riesgo ayudaron a judíos a verse libres de la persecución nazi durante la segunda guerra mundial; los «plenamente comprometidos», de Rosenhan (1970); los «buenos samaritanos», de McWilliams (1976). No estoy arguyendo que la tesis de estos autores deba prevalecer sobre la situacionista. Me limito a reflejar el hecho de que tesis comprometidas en la estabilidad longitudinal de la conducta han seguido encontrando apoyo empírico en el pasado decenio.

4. *De las dimensiones oréticas a las cognitivas y estilísticas*

La psicología de rasgos de personalidad, estables y característicos de los individuos, a la vez que diferenciales o diferenciadores entre ellos, se desarrolló sobre todo en los años 40 y 50 a imagen y semejanza de la previamente desarrollada psicología diferencial de la inteligencia y de las aptitudes. En esos años por rasgos de personalidad se entienden aquellas características en las que los individuos difieren y que no son la competencia o inteligencia, ni las capacidades, ap-

titudes o habilidades tanto específicas como generalizadas. Rasgos, factores o dimensiones de personalidad son entonces los de naturaleza motivacional, emotiva, afectiva, conativa, expresiva y/o de comunicación. A la concepción que se fija en estas dimensiones la podemos calificar de «oréctica» (en griego, «orexis» es deseo o tendencia), ampliando así a una ancha familia de hipótesis de rasgos la denominación, asumida por Wukmir (1970) de «teoría oréctica».

La teoría clásica de tests, la aplicación en psicología de modelos de análisis factorial, la lógica de la validación de constructos psicológicos, el procedimiento multirrasgo y multimétodo de validación convergente y discriminante, el psicodiagnóstico o evaluación conductual, y, en suma, toda la psicometría y psicología diferencial clásica se han constituido y desarrollado alrededor, primero, del constructo de inteligencia y sus derivados (capacidades específicas, aptitudes), y, luego, algo a remolque de lo anterior, de una concepción de la personalidad (y de sus rasgos) que hemos cifrado en la denominación de oréctica. Ahora bien, son justo esta concepción y sus hipotéticos rasgos los que el situacionismo pone en solfa. Argyle y Little (1972) restringen el alcance de su crítica a la supuesta importancia de tales rasgos en la conducta social. El propio Mischel (1968), al tiempo que resalta la inestabilidad en las variables de carácter dinámico o motivacional, explícitamente deja a salvo de su ataque a las dimensiones de naturaleza cognitiva. Es una salvedad que se empareja bien con la ascendiente hegemonía de una psicología cognitiva, cuya principal repercusión en el área ahora considerada es que los estilos cognitivos han venido a reemplazar a los factores orécticos y psicosociales como foco de máximo interés para una psicología diferencial de la personalidad y de sus regularidades conductuales (cf. las revisiones de Wolitzky y Wachtel, 1973 y Vernon, 1973). Los estudios pioneros no datan de ayer, son anteriores al debate levantado por el situacionismo, pero es digno de nota que los rasgos que mejor han sobrevivido al debate, los que de él han salido casi del todo indemnes, o acaso incluso reforzados, son los de naturaleza cognitiva, relativos al procesamiento de la estimulación/información y a estrategias de enfrentamiento de la realidad, tales como: dependencia/independencia del campo (Witkin y otros, 1949, 1954, 1959, 1962), controles cognitivos (Klein, 1951, 1958; Gardner, Jackson y Messick, 1960), apertura/cerrazón mental o dogmatismo (Rokeach, 1954, 1960), percepción de lugar de control (Rotter, 1966), complejidad/simplicidad (Bieri, 1955, 1961), y reflexividad/impulsividad cognoscitivas (Kagan, 1966; Kagan y otros, 1963, 1964).

Los referidos estilos cognitivos no han dejado de ser investigados y repetidamente evidenciados hasta el día de hoy (véanse, v. gr., para dependencia/independencia del campo, Huteau, 1980, y Flexer y Roberge, 1980). Para añadir a ellos alguno no previamente citado, y cuya aparición en la psicología de rasgos es más reciente, referiré la dimensión diferencial de tamizado o criba de la estimulación, con su correlato de susceptibilidad de activación. De su exploración con pruebas «ad hoc» por Mehrabian (1977a, 1977b, 1978), y del análisis de la red de sus intercorrelaciones con otras medidas de variables tradicionales, resulta que los sujetos selectivos, que criban o tamizan más severamente la estimulación, se

muestran asimismo más activables —característica reputada intrínseca al constructo—, a la vez que con menores ansiedad-rasgo, neuroticismo y empatía emocional (expresadas en las correspondientes correlaciones negativas de: $-.49$, $-.54$ y $-.65$). La dimensión, por otro lado, aparece independiente y no correlacionada ni con la introversión/extraversión, ni con la de necesidad o búsqueda de estímulos.

Apenas advertido, pero quizá no menos notable que el deslizamiento de la atención hacia las dimensiones cognitivas, es el creciente interés por los rasgos expresivos y de estilo (no sólo cognitivo). En este área fueron pioneros Allport y Vernon (1933) al ocuparse del movimiento expresivo. En la psicología de Allport (1937, 1961), al comportamiento adaptativo, pertinente a la funcionalidad y eficacia del agente, se contraponen el comportamiento expresivo o estilístico, relativo al modo de la acción, al cómo se hace y ya no al *qué*. A las regularidades estilísticas o expresivas, interpretadas como rasgos, las considera Allport mucho más características del sujeto que los comportamientos adaptativos u operativos, que, en cambio, dependen en mayor grado de las condiciones de la situación.

Aparte de otros antecedentes, la atención a los estilos conductuales, característicos de los individuos y sumamente estables, parece haber derivado indirectamente de los estudios sobre propensiones, tendencias o sesgos de respuesta hallados en toda clase de pruebas de personalidad de tipo autoinforme. Jackson y Messick (1958) hablaron de ellos como «estilos» de respuesta y adujeron datos reveladores de que en dichas pruebas la varianza de estilo es mayor que la varianza de contenido o de rasgo del test. Entre los estilos o sesgos descubiertos sobresalen el de aquiescencia (o su contrario: rehusamiento) a los enunciados de los ítems y el de propensión a emitir respuestas de acuerdo con lo considerado deseable (o indeseable). Pues bien, después de un primer momento en que la varianza debida a estos sesgos o estilos fue contemplada como meramente distorsionadora de los resultados en el rasgo sustantivo supuestamente medido en las pruebas, tales sesgos han pasado a ser vistos ellos mismos como regularidades conductuales sustantivas y merecedoras de evaluación independiente. Así, Couch y Keniston (1960) han estudiado la regularidad de las respuestas aquiescentes o negadoras como una variable de personalidad, y Edwards (1957) ha hecho otro tanto con la variable de conformidad con lo socialmente deseable.

El giro de perspectiva implicado en llegar a ver como rasgos sustantivos los que inicialmente eran vistos como estilos formales y sesgos distorsionadores es de enormes consecuencias. Son estilos que parecen manifestar muy alta estabilidad; y bien podría suceder que la estructura diferencial y autoconsistente de la personalidad se hiciera patente no tanto en variables como las de fuerza del yo, neuroticismo o impulsividad, cuanto más bien en las de asentimiento/disentimiento, conformidad/disconformidad con la norma, con lo socialmente valorado, etcétera. Los sesgos o modos de responder a los reactivos de unas pruebas constituyen ya en sí mismos autopresentaciones de la personalidad (cf. Mills y Hogan, 1978). En tanto que las conductas son respuestas, modos de reacción, los estilos de reacción sistemáticamente manifestados en pruebas de personalidad muy verosimilmente son

generales y se repiten en situaciones variadas de la vida ordinaria. Por último, como peculiaridad interesante del procedimiento, la evaluación de estilos de respuesta —aquiescente, deseable, estereotipada, desmesurada o desviada— puede realizarse con reactivos de muy varia naturaleza —relativos a estados de ánimo, a relaciones personales, a creencias, a cualquier contenido— y sin ninguna relación aparente o a la vista con lo que se desea medir, con la consecuencia de que el sujeto está siendo evaluado en dimensiones muy distintas de las que él cree o podría sospechar. Es una particularidad que seguramente incrementa en alto grado la fiabilidad y validez de los métodos de medida de esos estilos o sesgos que son rasgos, y que aún sirviéndose circunstancialmente de autoinformes, los aproxima a la condición de los tests propiamente objetivos.

Las anteriores consideraciones hacen explicable el hecho de la creciente atención prestada a los rasgos estilísticos. Royce (1973) que los ha incorporado a su teoría multifactorial de la individualidad, y por cierto en el nivel superior de integración (Royce y Powell, 1980), define al estilo como «un modo característico de manifestar fenómenos cognitivos y/o afectivos» (cf. también Wardell y Royce, 1978). Con independencia, por lo demás, del nivel jerárquico que se les haga desempeñar en la estructura de la personalidad, las constancias estilísticas, desde luego, ocupan un importante lugar en recientes investigaciones. De ellas espigaré algunas muestras sobresalientes y relativas a estilos no implícitos ya en los sesgos de respuesta antes indicados.

Estudios sobre consistencia de los estilos de conducta motora han sido revisados por Takala (1977), añadiendo por su parte investigaciones sobre ejecuciones grafomotrices, realización de movimientos gruesos y pautas estilísticas, sea en la comunicación diádica, sea en tareas interpersonales. Por ejemplo, en la conducta —registrada en vídeo— de entrevistadores de niños halló correlaciones de consistencia significativas en todas sus características psicomotrices, algunas muy elevadas, como en tiempo total de habla (.79), mirada fija en el entrevistado (.73), cambios de postura (.79) y tensión facial (.88). Contra predicciones basadas en claves situacionales, Wallack y Leggett (1972), han encontrado igualmente notable consistencia en el tamaño de dibujos realizados por niños en diversas ocasiones y bajo dispares tratamientos experimentales. Por cierto, en la discusión de resultados obtenidos, los autores excluyen de manera taxativa que las «variables moderadoras», que en el decenio del 60, y a partir de estudios efectuados principalmente por uno de ellos (Wallach, 1962, 1967; Kogan y Wallach, 1964), parecieron prometedoras en la conceptualización de las constancias conductuales como rasgos, puedan constituir la llave explicativa de estas constancias. Los individuos, por lo demás, difieren en el grado de su consistencia expresiva y este grado, a su vez, parece depender de una variable de autocontrol expresivo que decisivamente afecta a aquella consistencia (Lippa, 1978).

5. *Conclusión*

De la anterior revisión se desprende que «los rasgos son relevantes» (Stagner,

1976, 1977), que «están vivos y bien vivos» (Epstein, 1977). Es una conclusión que no entraña en modo alguno un compromiso con determinadas hipótesis sobre la naturaleza última de estos rasgos. En la revisión efectuada no hemos entrado en este asunto. Lo que de ella se deriva es solamente la existencia de constancias conductuales a lo largo del tiempo, incluso a plazo largo, y a través de las situaciones: esas constancias son relevantes y siguen vivas en la reciente investigación.

En los últimos años el ámbito de la psicología se ha ampliado tanto —en estudio de procesos cognitivos, en investigaciones ecológicas, en modelos matemáticos y cibernéticos, etcétera— que ningún área particular puede ya pretender para sí una gran cuota del espacio total. En eso, sin duda, la psicología de las constancias conductuales intra-sujeto y de las diferencias entre sujetos —es decir, de los rasgos, sin prejuzgar el poder causal o explicatorio de éstos— ha visto muy menguada su porción alicuota dentro de la totalidad del ámbito de la psicología, y difícilmente podrá otra vez en el futuro constituir por sí sola una disciplina tan central como lo fue en el pasado. Más limitada, desde luego, reducida en su importancia dentro del conjunto de las disciplinas psicológicas, la evaluación, investigación y teoría de rasgos siguen, de todos modos, ocupando un lugar relevante en el conocimiento, cuando menos descriptivo y predictivo, de los fenómenos de conducta humana.

RESUMEN

Al final de los años 60, una crítica radical a la investigación y teoría de rasgos de personalidad, desde posiciones comúnmente denominadas «situacionistas», parecía dar al traste con toda psicología de las características conductuales individuales y de las diferencias entre individuos. Sin embargo, en el decenio siguiente los rasgos han continuado mostrándose vivos y relevantes. Tras mostrar las ambigüedades latentes bajo términos como «estabilidad» y «consistencia», esta revisión presenta algunas investigaciones sobre constancias conductuales halladas a través de situaciones y a lo largo del tiempo. Expone, además, que la atención de los psicólogos de rasgos ha pasado de ocuparse de factores dinámicos a hacerlo, sobre todo, de estilos cognitivos y expresivos.

RÉSUMÉ

A la fin des années 60, une critique radicale à la recherche et théorie des traits de personnalité, à partir de positions généralement appelées «situationnistes», semblait détruire toute psychologie des caractéristiques conductuelles individuelles et des différences entre individus. Cependant, dans la décennie suivante, les traits ont continué à se montrer vifs et remarquables. Après avoir montré les ambiguïtés la-

tentes sous des termes comme «stabilité» et «consistance», cette révision présente quelques recherches sur des constances conductuelles trouvées à travers des situations et au cours du temps. Elle expose en outre, que l'attention des psychologues de traits a passée de s'occuper de facteurs dynamiques pour le faire, surtout, de styles cognitifs et expressifs.

SUMMARY

At the end of the sixties, a radical criticism of the investigation and theory of personality traits, from positions commonly called «situationist», seemed to ruin all psychology of individual behaviour characteristics and of the differences between individuals. In the following decade, however, the traits have continued to show themselves to be strong and important. After showing the latent ambiguities in terms such as «stability» and «consistency», this review presents some research studies on behaviour constants found through situations and over periods of time. It is also pointed out, that the the attention of trait psychologists has been transferred from dealing with dynamic factors to, in particular, styles of cognition and expression.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALKER, H. A.: Is personality situationally specific or intrapsychically consistent? *Journal of Personality*, 1972, 40, 1-16.
- ALLEN, B. P. y POTKAY, Ch. R.: The relationship between AGT self-description and significant life events: a longitudinal study. *Journal of Personality*, 1977, 45, 207-219.
- ALLPORT, G. W.: *Personality a Psychological Interpretation*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1937. (Trad. Cast.: *Psicología de la Personalidad*. Buenos Aires, Paidós, 1974).
- ALLPORT, G. W.: *Pattern and growth in personality*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1961. (Trad. Cast.: *La personalidad: su configuración y desarrollo*. Barcelona, Herder, 1974).
- ALLPORT, G. W. y VERNON, P. E.: *Studies in expressive movement*. Nueva York: Macmillan, 1933.
- ARGYLE, M. y LITTLE, B. R.: Do personality traits apply to social behaviour? *Journal for the theory of social behaviour*, 1972, 2, 1-35.
- AVIA, M. D.: Personalidad: ¿consistencia intrapsíquica o especificidad situacional? *Análisis y modificación de conducta*, vol. 4, n.º 5, 1978.
- BACKEMAN, G. y MAGNUSSON, D.: Longitudinal stability of personality characteristics. *Journal of Personality*, 1981, 49, 148-160.
- BANDURA, A.: *Principles of Behavior Modification*. New York: Holt, Rinehart & Winston, 1969.
- BANDURA, A. y WALTERS, R. H.: *Social Learning and Personality Development*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1963. (Trad. Cast.: *Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad*. Madrid: Alianza, 1974).
- BEM, D. J.: Constructing cross-situational consistencies in behavior: some thoughts on Aiker's critique of Mischel. *Journal of Personality*, 1972, 40, 17-26.
- BEM, D. J. y ALLEN, A.: On predicting some of the people some of the time: the search for cross-situational consistencies in behavior. *Psychological Review*, 1974, 506-520.
- BIERI, J.: Cognitive complexity-simplicity and predictive behavior. *Journal of abnormal and social Psychology*, 1955, 51, 263-268.

- BIERI, J.: Complexity-simplicity as a personality variable in cognitive and preferential behavior. En: D. W. Fiske y S. R. Maddi (eds.). *Functions of varied experience*. Homewood, Ill.: Dorsey, 1961.
- BLOCK, J.: Three reasons for the apparent inconsistency of personality. *Psychological Bulletin*, 1968, 3, 210-212.
- BLOCK, J.: Advancing the psychology of personality: paradigmatic shift or improving the quality of research. En: D. Magnusson y N.S. Endler (ed.) *Personality at the Crossroads*. Hillsdale: L. Erlbaum, 1977.
- BOWERS, K. S.: Situationism in psychology: an analysis and a critique. *Psychological Review*, 1973, 307-336.
- COUCH, A. y KENISTON, K.: Yeasayers and Naysayers: Agreeing Response Set as a Personality Variable. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1960, 151-174.
- CRONBACH, L. J.: The Two Disciplines of Scientific Psychology. *American Psychologist*, 1957, 671-684.
- EDWARDS, A. L.: *The social desirability variable in personality assessment and research*. Nueva York: Dryden, 1957.
- ENDLER, N. S. y MAGNUSSON, D.: Toward an interactional Psychology of personality. *Psychological Bulletin*, 1976, a, 5, 956-974.
- ENDLER, N. S. y MAGNUSSON, D.: Personality and person by situation interactions. En: N. S. Endler y D. Magnusson (eds.) *Interactional Psychology and personality*, Nueva York: Wiley, 1976b.
- EPSTEIN, S.: Traits are alive and well. En: D. Magnusson y N. S. Endler (ed.) *Personality at the crossroads*. Hillsdale: L. Erlbaum, 1977.
- EPSTEIN, S.: The stability of behavior: I. On predicting most of the people much of the time. *Journal of Personality and Social Psychology*, 1979, 37, 1097-1126.
- EPSTEIN, S.: The Stability of Behavior: II. Implications for Psychological Research. *American Psychologist*, 1980, 790-806.
- FLEXER, B. K. y ROBERGE, J. J.: IQ, field dependence-independence, and the development of formal operational thought. *The Journal of general Psychology*, 1980, 103, 191-201.
- GARDNER, R. W., JACKSON, D. N. y MESSICK, S. J.: Personality organization in cognitives controls and intellectual ability. *Psychological Issues*, 1960, 2 (4), mon. 8.
- HUTEAU, M.: Dependence-independance a l'egard du champ et développement de la pensée opératoire. *Archives de Psychologie*, 1980, 48, 184, 1-40.
- JACKSON, D. N. y MESSICK, S.: Content and style in personality assessment. *Psychological Bulletin*, 1958, 55, 4, 243-249.
- KAGAN, J.: Reflection-impulsivity: the generality and dynamics of conceptual tempo. *Journal of abnormal Psychology*, 1966, 71, 17-24.
- KAGAN, J. y MOSS, H. A.: *Birth to maturity*. Nueva York: Wiley, 1962.
- KAGAN, J., MOSS, H. A. y SIGEL, I. E.: Psychological significance of styles of conceptualization. *Monogr. Soc. Res. Child. Devel.*, 1963, 28, n.º 86.
- KAGAN, J., ROSMAN, B. L., DAY, D., ALBERT, J. y PHILLIPS, W.: Information processing in the child: significance of analytic and reflective attitudes. *Psychological Monograph*, 1964, 1.
- KANFER, F. H. y SASLOW, G.: Análisis behavioral: una alternativa a la clasificación de diagnóstico. En: Th. Millon, *Psicopatología y personalidad*. México: Interamericana, 1974, publicación original en *Archives of General Psychiatry*, 1965.
- KELLEY, H. H.: *Atribution theory in social psychology*. En: LEVINE, D. (ed.) *Nebraska symposium on motivation*, vol. 15. Lincoln, Nebr.: Univ. of Nebraska Press, 1967.
- KELLY, E. L.: Consistency of the Adult Personality. *American Psychologist*, 1955, 659-681.
- KLEIN, G. S.: The personal world trough perception. En: R. R. Blake y G. V. Ramsey (eds.) *Perception: and approach to personality*, Nueva York: Ronald Press, 1951.
- KLEIN, G. S.: Cognitive control and motivation. En: G. Lindzey (ed.) *Assessment of human motives*. Nueva York: Rinehart, 1958.
- KOGAN, N. y WALLACH, M. A.: *Risk taking: A study in cognition and personality*. Nueva York: Holt, Rinehart y Winston, 1964.
- JONES, E. E. y DAVIS, K. E.: From acts to dispositions: the attribution process in person perception. En: L. Berkowitz (ed.) *Advances in experimental social psychology*, vol. 2, 1965. Nueva York: Academic Press, 1965.
- LATANE, B. y DARLEY, J. M.: *The unresponsive bystander: Why doesn't he help?* Nueva York: Appleton-Century-Crofts, 1970.
- LIPPA, R.: Expressive control, expressive consistency, and the correspondence between expressive behavior and personality. *Journal of Personality*, 1973, 46, 433-461.
- LAY, C.: Some notes on the concept of cross-situational consistency. En: D. Magnusson y N. S. Endler (eds.) *Personality at the Crossroads*. Hillsdale, N. J.: L. Erlbaum, 1977.

- LONDON, P.: The rescuers: Motivational hypotheses about Christians who saved Jews from the Nazis. En: J. Macaulay y L. Berkowitz (eds.). *Altruism and helping behavior*. New York: Academic Press, 1970, 241-250.
- MAGNUSSON, D. y ENDLER, N. S.: Interactional Psychology: present status and future prospects. En: D. Magnusson y N. S. Endler (eds.). *Personality at the crossroads*. Hillsdale, N. J.: L. Erlbaum, 1977.
- MCWILLIAMS, N. R.: *Helpers: a study in normal personality*. Tesis doctoral. Rutgers University, 1976
- MEHRABIAN, A.: A questionnaire measure of individual differences in stimulus screening and associated differences in arousability. *Environmental Psychology and nonverbal behavior*, 1977, 1, 89-103 (a).
- MEHRABIAN, A.: Individual differences in stimulus screening and arousability. *Journal of Personality*, 1977, 45, 237-250 (b).
- MEHRABIAN, A.: Characteristic individual reactions to preferred and unpreferred environments. *Journal of Personality*, 1978, 46, 717-731.
- MELTZER, L., HAYES, D. T. y SHELLENBERGER, O.: Consistency of vocal behavior in discussion. Informe presentado a la reunión de la Asociación Americana de Psicología, Washington, 1967.
- MILLS, C. y HOGAN, R.: A role theoretical interpretation of personality scale item responses. *Journal of Personality*, 1978, 46, 778-785.
- MISCHEL, W.: *Personality and assesment*. Nueva York: John Wiley, 1968. (*Personalidad y evaluación*.) México: Trillas, 1977).
- MISCHEL, W.: On the Interface of Cognition and Personality. *American Psychologist*, 1979, 740-754.
- NELSEN, E. A.: Interactional Psychology: Some Emerging Features of an Integrated Scientific Discipline. En: D. Magnusson y N. S. Endler (ed). *Personality at the crossroads*. Hillsdale: L. Erlbaum, 1977.
- NISBETT, R. E.: Interactions versus main effects as goals of personality research. En: D. Magnusson y N. S. Endler (ed.). *Personality at the crossroads*. Hillsdale: L. Erlbaum, 1977.
- OLWEUS, D.: A critical analysis of the «Modern» interactionist position. En: D. Magnusson y N. S. Endler (ed.). *Personality at the crossroads*. Hillsdale: L. Erlbaum, 1977 (a).
- OLWEUS, D.: Aggression and peer acceptance in preadolescent boys. Two short-term longitudinal studies. *Child Development*; 1977, 48, 1301-1313 (b).
- PATRICK, A., ZUCKERMAN, M. y MASTERSON, F.: An extension of the trait-state distinction from affects to motive measures. *Psychological Reports*, 1974, 34, 1251-1258.
- PAWLICK, K.: Right answers to the wrong questions? A re-examination of factor analytic personality research and its contribution to personality theory. En: J. R. Royce (ed.). *Multivariate analysis and psychological theory*. Londres: Academic Press, 1973.
- PERVIN, L. A.: *Current Controversies Issues in Personality*. New York: John Wiley and Sons, 1978.
- PETERSON, D. R.: *The clinical study of social behavior*. New York: Appleton-Century-Crofts, 1968.
- ROKEACH, M.: The nature of meaning of dogmatism. *Psychological Review*, 1954, 194-204.
- ROKEACH, M.: *The open and closed mind*. Nueva York: Basic Books, 1960.
- ROSENHAN, D. L.: The natural socialization of altruistic autonomy. En: J. Macaulay y L. Berkowitz (ed.). *Altruism and helping behavior*. Nueva York: Academic Press, 1970.
- ROITTER, J. B.: Generalized expectancies for internal versus external control of reinforcement. *Psychological Monographs*, 80 (609) 211, 1966.
- ROYCE, J. R.: The conceptual framework of a multi-factor theory of individuality. En: J. R. Royce (ed.). *Multivariate analysis and psychological theory*. Londres: Academic Press, 1973.
- ROYCE, J. R. y POWELL, A.: Teoría multifactorial-sistemática: exposición sucinta. *Estudios de Psicología*, 1981, 4, 77-127.
- SCHIEFF, T.: *Being mentally ill: a sociological theory*. Chicago: Aldine, 1966.
- SELLS, S. B.: Prescriptions for a multivariate model in personality and psychological theory: ecological considerations. En: J. R. Royce (ed.). *Multivariate analysis and psychological theory*. Londres: Academic Press, 1973.
- SKINNER, B. F.: *Science and Human Behavior*. Nueva York: The Macmillan Company, 1953. (Trad. Cast.: *Ciencia y conducta humana*. Barcelona: Fontanella, 1969).
- STAGNER, R.: Traits are relevant: theoretical analysis and empirical evidence. En: N. S. Endler y D. Magnusson (eds.). *Interactional Psychology and personality*. Nueva York: Wiley, 1976.
- STAGNER, R.: On the reality and relevance of traits. *The Journal of general Psychology*, 1977, 96, 185-207.
- TAKALA, M.: Consistencies and perception of consistencies in individual psychomotor behavior. En: D. Magnusson y N. S. Endler (eds.). *Personality at the cross-croads*. Hillsdale, N. J.: L. Erlbaum, 1977.

- THOMAS, A. S., CHESS, H. G., BIRCH, M. HERTZIG y KORN, S.: *Behavioral Individuality in Early Childhood*. Nueva York: Nueva York University Press, 1963.
- VERNON, Ph. E.: *Personality Assessment*. Nueva York: Wiley, 1963. (Trad. Cast.: *Diagnóstico de la personalidad*. Barcelona: Labor, 1978).
- VERNON, Ph. E.: Multivariate approaches to the study of cognitive variables. En: J. R. Royce (ed.). *Multivariate analysis and psychological theory*. Londres: Academic Press, 1973.
- WACHTEL, P. L.: Psychodynamics, behavior therapy and the implacable experimenter: an inquiry into the consistency of personality. *Journal of abnormal Psychology*, 1973, 82, 324-334.
- WALLACH, M. A.: Commentary: active-analytical versus passive-global cognitive functioning. En: S. Messick y J. Ross (eds.). *Measurement in personality and cognition*. Nueva York: Wiley, 1962.
- WALLACH, M. A.: Thinking, feeling and expressing: toward understanding the person. En: R. Jessor y S. Feshbach (eds.). *Cognition, personality and clinical psychology*. San Francisco: Jossey-Bass, 1967.
- WALLACH, M. A. y LEGGETT, M. I.: Testing the hypothesis that a person will be consistent: stylistic consistency versus situational specificity in size of children's drawings. *Journal of Personality*, 1972, 40, 309-330.
- WARDELL, D. M. y ROYCE, J. R.: Toward a multi-factor theory of styles and their relationships to cognition and affect. *Journal of Personality*, 1978, 46, 474-505.
- WITKIN, H. A.: The nature and importance of individual differences in perception. *Journal of Personality*, 1949, 145-170.
- WITKIN, H. A.: The perception of the upright. *Scientific American*, 1959, 200, 2, 50-56.
- WITKIN, H. A., y otros.: *Personality through perception*. Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1954, 1972.
- WITKIN, H. A., DYK, R. B. y otros.: *Psychological differentiation: Studies of development*. Nueva York: Wiley, 1962.
- WOLITZKY, D. L. y WACHTEL, P. L.: Personalidad y percepción. En: Wolman, B. B., *Manual de psicología general*, vol. 4. Barcelona: Martínez Roca, 1980. (Trad. Cast. de: *Handbook of general Psychology*, Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1973).
- WUKMIR, V. J.: La teoría oréctica y la personalidad. *Revista de Psicología general y aplicada*, 1970, 677-684.
- ZIGLER, E. y PHILLIPS, L.: Psychiatric diagnosis: a critique. *Journal of abnormal and social Psychology*, 1961, 63, 607-618.